

# CRISIS Y CICLOS EN LA ECONOMÍA DEL CAPITALISMO AGONIZANTE

BILAN nº 10 y 11, agosto/septiembre de 1934.

El análisis marxista del modo de producción capitalista se basa esencialmente en los siguientes puntos:

- a) La crítica a los vestigios de las formas feudales y pre-capitalistas de producción y de cambio.
- b) La necesidad de remplazar estas formas atrasadas por la forma capitalista, más progresista.
- c) La demostración del progreso que supone el modo capitalista de producción, desvelando el aspecto positivo y la utilidad social de las leyes que rigen su desarrollo.
- d) El examen, bajo el ángulo de la perspectiva socialista, de los aspectos negativos de estas mismas leyes así como su acción contradictoria y destructiva, que llevan al capitalismo a un impasse.
- e) La demostración de que las formas capitalistas de apropiación constituyen finalmente una traba para la plena expansión de la producción y, como corolario, que el modo de repartición engendra una situación entre las clases que cada vez es más intolerable, una situación que se refleja en un antagonismo cada vez más profundo entre los CAPITALISTAS cada vez **menos numerosos y más ricos** y los ASALARIADOS sin propiedad, cada vez **más numerosos y miserables**.
- f) Finalmente, que las inmensas fuerzas productivas que ha desarrollado el modo capitalista de producción no pueden expandirse armónicamente más que en una sociedad organizada por la única clase que no ostenta ninguno de esos intereses particulares propios de las castas: el PROLETARIADO.

En este estudio no analizaremos en profundidad toda la evolución orgánica del capitalismo en su fase ascendente, sino que nos limitaremos a seguir el proceso dialéctico de sus fuerzas internas para poder comprender mejor el sentido de las crisis que periódicamente conmocionan todo el aparato capitalista. Como conclusión, trataremos de precisar y de definir con la mayor precisión posible esta era de decadencia definitiva, que el propio Capitalismo se encarga de animar con sus devastadores sobresaltos de agonía.

Por otra parte, podremos ver cómo la descomposición de las economías pre-capitalistas (feudal, artesanal o las comunidades campesinas) crea las condiciones adecuadas para poder extender el terreno en el que introducir mercancías capitalistas.

## LA PRODUCCIÓN CAPITALISTA ATIENDE AL BENEFICIO, NO A LAS NECESIDADES

Resumamos las condiciones esenciales que requiere la producción capitalista:

1. Existencia de MERCANCÍAS, es decir, de productos que antes de que los podamos considerar según su utilidad social, según su VALOR DE USO, aparecen en una determinada relación de equivalencia, una cierta proporción, con otros valores de uso de distinto tipo, es decir, aparecen bajo la forma de VALOR DE CAMBIO. El verdadero patrón común de todas las mercancías es el trabajo; y su valor de cambio está determinado por el tiempo de trabajo **socialmente** necesario para su producción.
2. Las mercancías no se intercambian DIRECTAMENTE entre ellas, sino por intermedio de una mercancía-tipo CONVENCIONAL en la que todas las demás expresan su valor, una mercancía-monedera: EL DINERO.

3. Existe una mercancía con un **carácter particular**: la FUERZA DE TRABAJO. Es la única propiedad del proletario, y el capitalismo, que es el único que detenta los medios de producción y de subsistencia, la compra en el mercado de trabajo como cualquier otra mercancía, por SU VALOR, es decir, por su coste de producción o el precio que cuesta “conservar” esa energía vital del proletario; pero mientras que el consumo del resto de mercancías, su uso, no conlleva que éstas aumenten de valor, la Fuerza de Trabajo en cambio procura al capitalista –que, como la **ha comprado**, es su propietario y puede disponer de ella a su antojo– un **valor superior** al que le ha costado, dado que hace trabajar al proletario más tiempo del que sería necesario para obtener las sustancias estrictamente indispensables.

El proletario, por el hecho de vender “libre” y contractualmente su fuerza de trabajo, debe ceder **gratuitamente** al capitalista este PLUSVALOR, “equivalente” al PLUSTRABAJO. Esto es lo que constituye la PLUSVALÍA o ganancia capitalista. No es, pues, una cosa abstracta ni ninguna ficción, sino que se trata de TRABAJO VIVO.

Permítasenos insistir –nos disculpamos por ello– sobre lo que constituye el ABC de la teoría económica marxista, pues no hay que perder de vista que todos los problemas económicos y políticos que se le plantean al capitalismo (y en los periodos de crisis estos problemas son muchos y complejos) convergen finalmente en este objetivo central: producir la MÁXIMA PLUSVALÍA posible. Al capitalismo le importa poco la producción necesaria para satisfacer las necesidades humanas, el consumo y las necesidades vitales de los hombres. El único CONSUMO que le motiva y le apasiona, el único que estimula su energía y su voluntad, su razón de ser, ¡es EL CONSUMO DE FUERZA DE TRABAJO!

El capitalismo emplea esta fuerza de trabajo para obtener el rendimiento más elevado con la mayor cantidad de trabajo posible. Pero no sólo se trata de eso: también hay que maximizar la relación entre el trabajo gratuito y el trabajo pagado. Ésta relación entre la plusvalía y el salario o capital desembolsado se denomina TASA DE PLUSVALÍA<sup>1</sup>. El capitalista logrará sus objetivos si, por una parte, aumenta el trabajo total, alargando la jornada de trabajo e intensificando el trabajo, y, por otra, paga lo menos posible por la Fuerza de Trabajo (incluso por debajo de su valor). Y esto puede hacerlo sobre todo gracias al desarrollo de la productividad del trabajo, que hace que bajen los precios de las subsistencias y los productos de primera necesidad; el capitalismo evidentemente no ve con buenos ojos esta bajada de precios, que permite al obrero comprar más productos; como el valor de la Fuerza de Trabajo equivale al de las cosas estrictamente indispensables para su reproducción, el salario siempre fluctúa en torno a su eje; la curva de las oscilaciones del salario (por encima o por debajo de su valor) depende de la evolución de la correlación de las fuerzas presentes, los capitalistas y los proletarios.

De todo lo que hemos explicado, resulta que la cantidad de plusvalía no depende del CAPITAL TOTAL que desembolsa el capitalista, sino sólo de la parte que se dedica a comprar fuerza de trabajo o CAPITAL VARIABLE. Por eso el capitalista trata de producir la MÁXIMA PLUSVALÍA con el MÍNIMO CAPITAL TOTAL.

---

<sup>1</sup> Siguiendo a Marx, el capital desembolsado en el proceso de producción se descompone en capital constante y capital variable, que representan respectivamente la inversión en medios de producción y fuerza de trabajo ( $C = C_c + C_v$ ). Por tanto, en el proceso de producción, cuando el trabajo ha operado su acción transformadora creadora de nuevo valor, el capital  $C$  se habrá transformado en  $C' = C + p = (C_c + C_v) + p$ , siendo  $p$  la plusvalía. Teniendo en cuenta que “el valor del capital constante se limita a reaparecer en el producto”, pues lo que hace el obrero es “conservar el valor anterior mediante la simple adición de un valor nuevo”, el grado de explotación de la fuerza de trabajo por el capital (*Tasa de plusvalía*) no se mide relacionando la plusvalía con el capital total desembolsado ( $p/C$ ), sino únicamente con el capital variable, de manera que la *Tasa o Cuota de plusvalía* se expresa con la fórmula  $T_p = \frac{p}{C_v} = \frac{\text{Trabajo excedente o gratuito}}{\text{Trabajo necesario o pagado}}$ .

Pero al analizar la acumulación podemos constatar que esta tendencia se ve contrarrestada por una ley que actúa en sentido contrario y arrastra a la baja la tasa de ganancia<sup>2</sup>.

Al analizar el capital total o capital invertido en la producción capitalista –pongamos en un año– hay que considerarlo no como expresión de la forma concreta, material, de las cosas, de su valor de uso, sino como representante de las mercancías, de los valores de cambio. Por tanto, el valor del **producto anual** se compone de:

- a) El **capital constante** consumido, es decir, el gasto de los medios de producción y las materias primas consumidos en el proceso; estos dos elementos expresan **trabajo pasado**, ya consumido, materializado en el curso de anteriores procesos de producción.
- b) El **capital variable** y la **plusvalía que representan el trabajo nuevo, vivo**, consumido durante ese año.

Este valor sintético, tal y como aparece en el producto total, lo volvemos a encontrar en el producto unitario: el valor de una mesa, por ejemplo, es la suma del valor equivalente al desgaste de la máquina que la ha producido, el valor de las materias primas y el valor del trabajo incorporado. Por tanto, no hay que considerar que el producto refleja **exclusivamente** el capital constante, o sólo el capital variable, o sólo la plusvalía.

El capital variable y la plusvalía constituyen la **riqueza** que resulta del proceso de producción (de la misma forma que hemos dejado al margen la producción campesina extra-capitalista, la producción artesanal, etc., tampoco nos detendremos en sus ingresos).

La riqueza del proletariado es el Fondo Salarial. La riqueza de la burguesía es la masa de plusvalía, la ganancia (no analizaremos aquí cómo se reparte la plusvalía entre la clase capitalista, dividiéndose en ganancia industrial, comercial, bancaria y renta de la tierra). Así definida, la ganancia procedente de la esfera capitalista establece los límites del consumo individual del proletariado y de la burguesía, pero es importante subrayar que el consumo de los capitalistas no tiene más límites que los que le asignan sus posibilidades de producir plusvalía, mientras que el consumo obrero depende estrictamente de las necesidades de dicha producción de plusvalía. Por tanto, en las propias bases del reparto de la riqueza total existe un antagonismo que engendra todos los demás. A quienes afirman que basta con que los obreros produzcan para que puedan consumir o dicen que, como las necesidades humanas son ilimitadas, la producción nunca podrá satisfacerlas, habría que contestarles lo que dijo Marx: *“Lo que los obreros producen efectivamente es la plusvalía: **mientras** la producen, pueden consumir, pero en cuanto la producción se detiene, el consumo también lo hace. Es falso que puedan consumir porque producen el equivalente a su consumo.”* Y en otra parte, afirma: *“Los obreros deben ser siempre sobreproductores (plusvalía) y producir más de lo que necesitan, para así poder consumir o **comprar** sólo lo estrictamente necesario.”*

Pero al capitalista no le basta con apropiarse de la plusvalía, no puede limitarse a expoliar parcialmente el fruto del trabajo del obrero, sino que también debe realizar esta plusvalía, transformarla en dinero vendiendo el producto que la contiene **por su valor**.

La venta condiciona la renovación del proceso de producción; permite al capitalista volver a comprar los elementos del capital consumidos en el proceso que acaba de finalizar: debe remplazar las piezas desgastadas de las herramientas, comprar nuevas materias primas, pagar a la mano de obra. Pero el capitalista no considera estos elementos en su aspecto material, en tanto que cantidad semejante de valores

---

<sup>2</sup> La *Tasa o Cuota de ganancia* sí que se expresa mediante la relación entre la plusvalía y el capital total desembolsado:  $T_G = P/C$ . De manera que la tasa de ganancia aumenta en la medida en que crece la plusvalía ( $p$ ) y disminuye el capital desembolsado ( $C$ ).

de uso, en tanto que una misma masa de productos que hay que reincorporar a la producción, sino como valores de cambio, como **capital** que se reinvierte en la producción a su antiguo nivel (si prescindimos de los nuevos valores acumulados) para poder **al menos** mantener la misma tasa de ganancia que antes. Reemprender el ciclo de producción de nueva plusvalía es el objetivo supremo del capitalista.

Si la producción no se puede realizar por completo, o si lo hace **por debajo de su valor**, la explotación del obrero no habrá aportado nada al capitalista, pues el trabajo gratuito no se habrá podido concretar en dinero para poder luego convertirlo en capital productivo de nueva plusvalía; aunque **a pesar de todo** las mercancías producidas siguen siendo **consumibles**, al capitalista le trae sin cuidado que la clase obrera carezca hasta de lo más indispensable. Si planteamos este posible caso de la venta por debajo del precio de coste, es precisamente porque el proceso capitalista de producción se escinde en dos fases, la producción y la venta, y aunque ambas forman una unidad y dependen estrechamente la una de la otra, pueden seguir un desarrollo independiente. De este modo, el capitalista, **lejos de dominar el mercado, se encuentra estrechamente sometido a él**. Y no sólo la venta se separa de la producción, sino que también la compra se separa de la venta, es decir, que el vendedor de una mercancía no tiene por qué comprar **al mismo tiempo** otra mercancía. En la economía capitalista el comercio de mercancías no siempre significa intercambio directo de mercancías. Pero todas ellas, antes de llegar a su destinatario definitivo, deben metamorfosearse en **dinero**, y esta transformación constituye la **fase más importante de su circulación**.

Por tanto, las **posibilidades** de que se produzcan crisis resultan en primer lugar de esta diferenciación, por una parte, entre la producción y la venta, y por otra, entre la venta y la compra, o de la necesidad de que la mercancía se transforme primero en dinero, luego este dinero en mercancía, y así. Y todo esto sobre la base de una producción que partiendo del **Capital-Dinero** lo transforma en **Dinero-Capital**.

Por tanto, al capitalismo se le plantea el problema de realizar la producción. ¿Cuáles son las condiciones para que pueda solucionarlo? En principio, la fracción del valor del producto que refleja el capital constante, en condiciones normales, puede venderse en la propia esfera capitalista, a través de un intercambio interno que condiciona la renovación de la producción<sup>3</sup>. La fracción que representa el capital variable la compran los obreros por medio del salario que les ha pagado el capitalista y que tiene unos límites bien definidos, pues como hemos indicado el precio de la fuerza de trabajo gravita en torno a su valor: es la única parte del producto total cuya realización, cuya compra, está garantizada mediante la **propia financiación del capitalismo**<sup>4</sup>. Nos queda la plusvalía. Desde luego puede darse el caso de que la burguesía la consuma entera. Aunque para ello es necesario que previamente el producto haya sido intercambiado por dinero (descartamos aquí la posibilidad de que estos gastos personales se paguen con dinero atesorado), pues el capitalista no puede consumir su **propia** producción. Pero si la burguesía actuara de este modo, si se limitara a disfrutar del plusproducto que sustrae al proletariado, si se limitara a la producción simple, y no ampliada, asegurándose así una existencia apacible y sin preocupaciones, no se diferenciaría en nada de las clases dominantes que la han precedido, excepto por sus formas de dominio. La estructura de las sociedades esclavistas constreñía todo desarrollo técnico y mantenía la producción a un nivel al que se podía acomodar perfectamente el amo, cuyas necesidades eran ampliamente satisfechas por los esclavos. Del mismo modo, en la economía feudal, a cambio de la “protección” que acordaba con el siervo, el señor recibía los productos de su trabajo suplementario y no tenía que preocuparse de una producción limitada por un mercado con estrechos márgenes para el intercambio.

---

<sup>3</sup> Efectivamente, “en condiciones normales” la renovación de la producción requiere que el capitalista invierta de nuevo el capital constante, consumido en el anterior proceso y necesario para reiniciar el nuevo. Por tanto el consumo, la realización del valor de esta fracción de producto total la puede garantizar el capitalismo, subrayamos, “en condiciones normales”.

<sup>4</sup> El pago de los salarios permite a los obreros disponer del poder adquisitivo estrictamente necesario para asegurar su reproducción y supervivencia. Así pues, el consumo o la realización del valor de la parte del producto total equivalente al capital variable (salarios) está garantizado.

Bajo el impulso del desarrollo de la economía mercantil, la tarea del capitalismo fue precisamente barrer estas sociedades sórdidas y estancadas. La expropiación de los productores creó el mercado de trabajo y abrió la mina de la plusvalía, en la que empezó a excavar el capital mercantil transformado ahora en capital industrial. La fiebre por la producción invadió todo el cuerpo social. Aguijoneado por la concurrencia, el capital llamaba al capital. Las fuerzas productivas y la producción crecieron en progresión geométrica y la acumulación de capital llegó a su apogeo en el último tercio del siglo XIX, en el contexto de la plena expansión del “libre-cambio”.

La historia demuestra que la burguesía, en su conjunto, no puede limitarse a consumir completamente la plusvalía. Al contrario, su codicia de ganancia la impulsa a reservar una parte (la mayor) para CAPITALIZARLA, dado que la plusvalía atrae a la plusvalía como un imán al hierro. La extensión de la producción prosigue, la concurrencia estimula el movimiento e implica perfeccionamientos técnicos.

Las necesidades de la acumulación transforman **la realización de plusvalía en la piedra de toque de la realización del producto total**. Si la realización de la porción consumida<sup>5</sup> no ofrece dificultades (al menos teóricamente), nos queda sin embargo la **plusvalía** acumulada. Esta no pueden absorberla los proletarios porque ellos ya han agotado sus posibilidades de compra gastándose su salario. ¿Acaso los capitalistas son capaces de realizarla **entre ellos**, dentro de la esfera capitalista, y es a través de este intercambio como se extiende la producción?

Esta hipótesis evidentemente es absurda, pues como señala Marx: *“Lo que se propone la producción capitalista no es poseer otros bienes, sino apropiarse del valor, del dinero, de la **riqueza abstracta**.”* Y la extensión de la producción depende de la acumulación de esta riqueza abstracta; el capitalismo no produce por producir, por el gusto de acumular medios de producción, productos de consumo y seguir “atiborrándose” con más obreros, sino porque al producir engendra trabajo gratuito, una plusvalía que se acumula y crece cada vez más, capitalizándose. Marx añade: *“Si afirmamos que los capitalistas no tienen más que intercambiar y consumir sus mercancías entre ellos, olvidamos todo el carácter de la producción capitalista, así como también que de lo que se trata es de valorizar el capital y no de consumirlo.”*

Nos encontramos así ante un problema central que se plantea de forma ineluctable y permanente a la clase capitalista **en su conjunto**: vender **al margen** del mercado capitalista (un mercado cuya capacidad de absorción está estrictamente limitada por las leyes capitalistas) el excedente de la producción que equivale al menos al **valor de la plusvalía no consumida** por la burguesía, valor destinado a transformarse en capital. No hay otra salida: el capital-mercancía no se puede convertir en capital productor de plusvalía si **previamente** no se ha convertido en dinero, y eso debe ocurrir fuera del mercado capitalista. *“El capitalismo necesita, para dar salida a una parte de sus mercancías, compradores que no sean ni capitalistas ni asalariados y que dispongan de un poder adquisitivo autónomo.”* (Rosa Luxemburg).

Antes de examinar dónde y cómo encuentra el capital estos compradores con poder adquisitivo “autónomo”, tenemos que continuar analizando el proceso de acumulación.

## LA ACUMULACIÓN COMO FACTOR DE PROGRESO Y DE REGRESIÓN.

Ya hemos señalado que, debido al aumento del capital destinado a la producción, las fuerzas productivas se desarrollan, impulsadas por los perfeccionamientos técnicos. Junto a este aspecto

---

<sup>5</sup> El autor se refiere a la porción del valor del producto total correspondiente al capital constante (máquinas y materias primas) y el capital variable (salarios). Ya hemos visto como el consumo de esta fracción del producto total ( $C_c + C_v$ ) está hasta cierto punto garantizado. El problema que analiza el autor a continuación es precisamente el del consumo de la fracción que representa la plusvalía dentro de esa masa de valores de cambio lanzada al mercado por el proceso de producción capitalista.

verdaderamente progresista de la producción capitalista, surge un factor regresivo, opuesto, fruto de la modificación de la relación interna entre los elementos que componen el capital.

La plusvalía acumulada se divide en dos partes distintas: una, la mayor, debe emplearse para ampliar el capital constante, y la más pequeña se destina a comprar fuerza de trabajo suplementaria; el ritmo de desarrollo del capital constante se acelera en comparación al del capital variable, y aumenta la relación entre el capital constante y el capital total; dicho de otra forma, aumenta la composición orgánica del capital<sup>6</sup>. Ciertamente es que la demanda suplementaria de obreros aumenta la porción absoluta que le corresponde al proletariado en el producto social, pero la **parte relativa** disminuye, pues el capital variable decrece en relación al capital constante y al capital total. No obstante, incluso este aumento absoluto del capital variable, del Fondo Salarial, es efímero, y en un momento determinado llega a su punto de saturación. En efecto, el continuo aumento de la composición orgánica, es decir, del grado de desarrollo técnico, impulsa a las fuerzas productivas y a la productividad del trabajo hasta tal punto que el capital, prosiguiendo su ascenso, lejos de absorber cada vez más fuerza de trabajo, termina al contrario por lanzar al mercado a una parte de los que ya estaban integrados en la producción, determinando un fenómeno específico del capitalismo decadente: el **paro permanente**, reflejo de una constante superpoblación obrera relativa.

Por otro lado, las gigantescas dimensiones que adquiere la producción adquieren su pleno significado por el hecho de que **la masa de los productos o valores de uso** crece mucho más deprisa que la **masa de valores de cambio** correspondiente, o que el valor del capital constante consumido, de capital variable y de plusvalía: así, por ejemplo, una máquina que cuesta 1000 francos y que puede producir 1000 unidades de un determinado producto con dos obreros, termina siendo sustituida por otra máquina más perfeccionada que cuesta 2000 francos y con sólo un obrero produce 3 o 4 veces más que la primera. Si se objeta que al obtenerse más productos con menos trabajo, el obrero puede adquirir más cosas con su salario, olvidamos completamente que los productos son ante todo mercancías, al igual que la fuerza de trabajo, y por tanto, como hemos dicho anteriormente, esta fuerza de trabajo, en tanto que mercancía, no puede venderse más que por un valor de cambio igual a sus costes de reproducción, algo que en la práctica se lleva a cabo dando al obrero lo estrictamente mínimo necesario para mantenerse con vida. Si gracias al progreso técnico se reduce el coste de esas sustancias, también se reducirá el salario. Y aunque no se reduzca de manera proporcional a la bajada de esos productos, por ejemplo en el caso de que la correlación de fuerzas sea favorable al proletariado, **en todo caso** deberá fluctuar dentro de unos límites compatibles con las necesidades de la producción capitalista.

El proceso de acumulación profundiza, por tanto, una primera contradicción: el aumento de las fuerzas productivas y el decrecimiento de la fuerza de trabajo destinada a la producción, así como el desarrollo de una superpoblación obrera relativa y constante. Y esta contradicción engendra otra. Ya hemos señalado cuáles son los factores que determinan la tasa de plusvalía. No obstante, es importante subrayar que dada una tasa de plusvalía constante, la **masa de plusvalía** y por tanto la masa de ganancia, es **siempre proporcional** a la masa de capital variable desembolsado en la producción<sup>7</sup>. Si el capital variable disminuye en relación al capital total, esto implica una disminución de la masa de ganancia en relación al capital total, y por tanto una **reducción de la tasa de ganancia**<sup>8</sup>. Esta reducción de la tasa de ganancia se acentúa en la medida en que progresa la acumulación, en la medida en que aumenta el capital constante en relación al capital variable, mientras la propia masa de ganancia continua aumentando (a consecuencia de un aumento

---

<sup>6</sup> La composición orgánica es la relación entre el capital constante y el variable:  $C_{org} = \frac{C_c}{C_v}$ .

<sup>7</sup> Es decir, que dada una determinada tasa o cuota de plusvalía, se obtiene mayor cantidad de plusvalía y ganancia cuanto más cantidad de trabajo se ponga en movimiento durante el proceso de producción, pues dado que  $T_p = \frac{p}{C_v}$ , entonces  $p = T_p \cdot C_v$

<sup>8</sup> Siendo la Tasa o cuota de ganancia  $T_G = \frac{p}{C}$ ; y siendo  $p = T_p \cdot C_v$ ; llegamos a que  $T_G = \frac{T_p \cdot C_v}{C} = \frac{T_p}{1 + \frac{C_c}{C_v}} = \frac{T_p}{1 + C_{org}}$ .

Por tanto, dada una determinada Tasa de plusvalía, al aumentar la composición orgánica se reduce la tasa de ganancia.

de la tasa de plusvalía). Esto no se traduce en una explotación **menos** intensa de los obreros, sino que implica que, en relación al capital total, se emplea menos trabajo, por lo que éste procura menos trabajo gratuito. Por otra parte, esto acelera el ritmo de acumulación, al acosar, hostigar al capitalismo y obligarle a extraer la máxima plusvalía a partir de un número determinado de obreros, exigiéndole acumular cada vez más plusvalía.

La ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia genera crisis cíclicas y es un poderoso fermento para la descomposición de la economía capitalista decadente. Además, nos permite explicar la exportación de capitales, que aparece como uno de los rasgos específicos del capitalismo imperialista y monopolista: “*La exportación de capital*”, dice Marx, “*no se debe a que no pueda emplearse en el interior, sino a que se puede colocar en el extranjero con una tasa de ganancia más elevada.*” Lenin confirma esta idea (*El Imperialismo...*) argumentando que “*la necesidad de exportar capitales resulta de la excesiva madurez del capitalismo en ciertos países, en los que empiezan a escasear emplazamientos ‘favorables’ [subrayado por nosotros] dado que la agricultura está atrasada y las masas son miserables.*”

Otro factor que contribuye a acelerar la acumulación es el **crédito**, panacea que actualmente ha adquirido un poder mágico para esos expertos economistas burgueses y socialdemócratas que andan buscando soluciones milagrosas; la palabra mágica en el país de Roosevelt, la palabra mágica para los planificadores de la economía dirigida... por el capitalismo, para De Man, para los burócratas de la C.G.T. y otros redentores del capitalismo. Y es que parece que el crédito posee el poder de **crear** poder adquisitivo.

Sin embargo, si le quitamos estos atavíos pseudocientíficos y engañosos, podemos definir el crédito simplemente así: La puesta a disposición del capital, a través de los canales de su aparato financiero, de:

- a) Las sumas momentáneamente inutilizadas en el proceso de producción y destinadas a la renovación del capital constante;
- b) La parte de su plusvalía que la burguesía no consume inmediatamente o que no puede acumular;
- c) Las sumas disponibles que pertenecen a las capas no capitalistas (campesinos, artesanos) o a los estratos privilegiados de la clase obrera; en pocas palabras, lo que se dice el AHORRO, que refleja el poder adquisitivo potencial.

El crédito, como mucho, puede lograr que el poder adquisitivo latente se transforme en nuevo poder adquisitivo. Por otra parte, este es un problema que no preocupa más que a los bufones de feria. Lo importante es el hecho de que el ahorro se puede movilizar para la capitalización y por tanto puede aumentar la masa de capitales acumulados. Sin el crédito, el ahorro no sería más que dinero atesorado y no **Capital**. “*El crédito aumenta de manera desmedida la capacidad de extensión de la producción y constituye la fuerza motriz interna que la impulsa constantemente a superar los límites del mercado.*” (R. Luxemburg).

Hay que tener en cuenta un tercer factor de aceleración. El aumento vertiginoso de la masa de plusvalía no permite a la burguesía adaptarse a su consumo; su “estómago”, por más voraz que sea, es incapaz de absorber este excedente de plusvalía producida. Pero aunque la glotonería le impeliera a consumir más, no podría, pues la concurrencia impone su implacable ley: ampliar la producción para reducir el precio de coste. De modo que la fracción de plusvalía consumida se reduce cada vez más en relación a la plusvalía total, aumentando la tasa de acumulación. De ahí surge una nueva contradicción en el mercado capitalista.

Nos limitaremos a nombrar el cuarto factor de aceleración, que surge paralelamente al desarrollo del capital bancario y del crédito y refleja la selección activa fruto de la concurrencia: la centralización de los capitales y los medios de producción en empresas gigantescas que, produciendo plusvalía acumulable “al por mayor”, aumentan mucho más rápidamente la masa de capitales. Estas empresas evolucionan

orgánicamente y terminan convirtiéndose en monopolios parasitarios, transformándose en un virulento fermento para la descomposición en el periodo imperialista.

Resumamos las contradicciones fundamentales que minan la producción capitalista:

- a) Por una parte la producción ha alcanzado un nivel que condiciona el **consumo de las masas**, pero por otra parte las propias necesidades de esa producción estrechan cada vez más las bases del consumo interno del mercado capitalista: disminución de la parte relativa y absoluta que le corresponde al proletariado en el producto total, restricción relativa del consumo individual de los capitalistas.
- b) Es necesario realizar fuera del mercado capitalista la fracción del producto que no se puede consumir dentro, la que se corresponde con la plusvalía acumulada en rápida y constante progresión bajo la presión de diversos factores que aceleran la acumulación.

Por una parte hay que realizar el producto para poder reiniciar la producción, pero por otra hay que ampliar los mercados para poder realizar el producto. Como señala Marx: *“La producción capitalista se ve obligada a producir a una escala tal que no se corresponde con la demanda del momento, sino que depende de una extensión continua del mercado mundial. La demanda de los obreros no le basta, pues su ganancia proviene precisamente del hecho de que la demanda de los obreros es menor que el valor que producen y crece en la medida en que esta demanda decrece relativamente. La demanda recíproca de los capitalistas tampoco basta.”*

¿Cómo se efectúa entonces esta continua extensión del mercado mundial, esta creación y esta continua ampliación de los mercados extra-capitalistas cuya vital importancia para el capitalismo ya subrayaba Rosa Luxemburg? El capitalismo, dada la posición histórica que ocupa en la evolución de la sociedad, si quiere sobrevivir, debe proseguir esa lucha que ya inició tiempo atrás cuando tenía que construir las bases sobre las cuales desarrollar la producción. Dicho de otro modo, si el capitalismo quiere transformar en dinero y acumular la plusvalía que rezuma por todos sus poros, debe disolver las viejas economías que han sobrevivido a las conmociones históricas. Para vender los productos que la esfera capitalista no puede absorber, debe encontrar compradores que no se encuentren aún dentro de la economía de mercado. Es más, para que el capitalismo pueda mantener la escala de su producción, necesita inmensas reservas de materias primas que sólo se hallan en ciertas regiones y no se detiene ante las relaciones de propiedad que constituyen obstáculos para sus objetivos y le impiden disponer de fuerza de trabajo para explotar estas codiciadas riquezas. Allí donde subsisten formas esclavistas o feudales, o bien comunidades campesinas en las que el productor está encadenado a sus medios de producción y trabaja para satisfacer directamente sus necesidades, el capitalismo crea las condiciones y abre el camino que le permite lograr sus objetivos. Mediante la violencia, la expropiación, las exacciones fiscales y con la ayuda de las clases dominantes de dichas regiones, destruye en primer lugar los últimos vestigios de propiedad colectiva, transforma la producción para las necesidades en producción para el mercado, suscita nuevas producciones que se corresponden a sus propias necesidades, amputa a la economía campesina los oficios que la completaban, obliga al campesino a través del mercado así constituido a intercambiar los productos agrícolas que sólo él puede producir por las bagatelas salidas de las fábricas capitalistas. En Europa, la revolución agrícola de los siglos XV y XVI ya había supuesto la expropiación y la expulsión de una parte de la población rural y había creado el mercado para la producción capitalista naciente. A este respecto Marx subraya que *“fue la aniquilación de la industria doméstica rural lo que permitió que el mercado interno del país adquiriera la extensión y la sólida cohesión que necesita el modo de producción capitalista.”*

Sin embargo, impulsado por su insaciable naturaleza, el capital no se detiene ahí. No le basta con realizar su plusvalía. Ahora debe sacrificar a los productores autónomos que ha hecho surgir dentro de las primitivas comunidades y que aún conservan sus medios de producción. Debe suplantar su producción, remplazarla por la producción capitalista para poder dar empleo a la masa de capitales acumulados que le



sumergen y le ahogan. La industrialización de la agricultura iniciada en la segunda mitad del siglo XIX sobre todo en los Estados Unidos constituye una impresionante ilustración de este proceso de disolución de las economías campesinas que ahonda el foso que separa a los granjeros capitalistas de los proletarios agrícolas.

En las colonias de explotación, en las que este proceso de industrialización no se lleva a cabo sino a muy pequeña escala, son la expropiación y la proletarización en masa de los indígenas las que colman las reservas de las que el capital extrae la fuerza de trabajo que le suministra materias primas a buen precio.

De modo que realizar la plusvalía significa, para el capital, anexionarse progresiva y continuamente las economías precapitalistas, que le son indispensables aunque que se vea obligado a aniquilarlas si quiere continuar con lo que constituye su razón de ser: la acumulación. De ahí resulta otra contradicción fundamental, relacionada con las precedentes: la acumulación y la producción capitalista se desarrollan alimentándose de la sustancia “humana” procedente de las zonas extra-capitalistas, a la vez que las va agotando progresivamente; lo que al principio era poder adquisitivo “autónomo” que absorbía plusvalía – por ejemplo el consumo de los campesinos–, ahora que los campesinos se han dividido en capitalistas y proletarios, se convierte en poder adquisitivo específicamente capitalista, en decir, dentro de los límites estrechamente determinados por el capital variable y la plusvalía consumida. En cierto sentido, el capitalismo muerde la mano que le da de comer.

Evidentemente, podríamos pensar que llegará una época en la que, tras extender su modo de producción por todo el mundo, el capitalismo alcanzará un equilibrio entre sus fuerzas productivas, una cierta armonía social. Pero a nuestro modo de ver, si en sus esquemas sobre la producción ampliada Marx emitió esta hipótesis de una sociedad completamente capitalista en la que no se enfrentarían más que capitalistas y proletarios, fue precisamente para demostrar lo **absurda** que es la idea de que un día la producción **capitalista** llegue a un equilibrio y a una armonía con las necesidades humanas. Esto significaría que la plusvalía acumulable merced a la ampliación de la producción se tendría que realizar **directamente**, una parte mediante la compra de nuevos medios de producción necesarios, y otra mediante la demanda de los obreros suplementarios (¿dónde los encontraríamos?), y los capitalistas tendrían que convertirse, de lobos, en pacíficos progresistas.

Si Marx **hubiera podido** continuar el desarrollo de estos esquemas, habría llegado a esta conclusión totalmente opuesta: un mercado capitalista que no se pudiera ampliar mediante la incorporación de zonas no capitalistas, una producción completamente capitalista –algo **históricamente** imposible–, significaría la detención del proceso de la acumulación y el fin del propio capitalismo. Por tanto, presentar esquemas (como han hecho ciertos “marxistas”) partiendo de la idea de que la producción capitalista puede desenvolverse sin desequilibrios, sin superproducción y sin crisis, es falsificar a sabiendas la teoría marxista.

Lo cierto es que como el capital aumenta su producción en proporciones prodigiosas, no logra adaptarla armónicamente a la capacidad de los mercados que se anexiona. Por una parte, estos no se amplían sin discontinuidades, y por otra, bajo el impulso de los factores de aceleración que hemos mencionado, la acumulación imprime al desarrollo de la producción un ritmo mucho más rápido que el de la extensión de nuevos mercados extra-capitalistas. No sólo es que el proceso de acumulación engendre una enorme cantidad de valores de cambio, sino que como hemos dicho, la creciente capacidad de los medios de producción aumenta la masa de productos o valores de uso en proporciones mucho mayores aún, de modo que se crean las condiciones de una producción que responde a un consumo masivo pero cuya venta está subordinada a la constante adaptación a la capacidad de consumo que existe al margen de la esfera capitalista.

Si esta adaptación no se lleva a cabo, habrá **superproducción relativa** de mercancías, relativa no en relación a la **capacidad de consumo**, sino en relación a la capacidad de compra de los mercados capitalistas (internos) y extra-capitalistas (externos).

Si la superproducción se produjera cuando los miembros de una nación tienen ya satisfechas como poco sus necesidades más apremiantes, no habrían existido las superproducciones generales o incluso las parciales que se han producido a lo largo de la historia de la sociedad burguesa. ¿Acaso el hecho de que el mercado esté saturado de zapatos, de cotonadas, de vinos o de productos coloniales, significa que una parte de la nación, pongamos una tercera parte, tiene ya cubiertas sus necesidades de zapatos, etc.? ¿Acaso las necesidades absolutas tienen algo que ver con la superproducción? Ésta sólo se basa en las necesidades **“que se pueden pagar”** (Marx).

Este tipo de superproducción no se da en ninguna de las sociedades anteriores. En la sociedad antigua, esclavista, la producción se dirigía a la satisfacción esencial de las necesidades de la clase dominante y la explotación de los esclavos se explicaba por el hecho de que la escasa capacidad de los medios de producción hacía necesaria la violencia para ahogar las veleidades expansivas de las necesidades de las masas. Si eventualmente se producía una superproducción fortuita, era reabsorbida mediante el atesoramiento o se disfrutaba con gastos suntuarios, como ocurría a veces; hablando con propiedad no era una superproducción, sino un **sobreconsumo de los ricos**. Así mismo, en el régimen feudal, la estrecha producción se consumía fácilmente: el siervo, que consagraba la mayor parte de su producto a satisfacer las necesidades de su señor, se desvivía para no morir de hambre; no había que temer ningún tipo de superproducción, el hambre y las guerras se encargaban de ello.

Bajo el régimen de producción capitalista, las fuerzas productivas desbordan la estrecha base sobre la que deben operar: los productos capitalistas son abundantes, pero les repugnan las “simples necesidades” humanas, no se entregan sino a cambio de dinero, y si no hay dinero, se apilan en las fábricas, los almacenes y los depósitos, o se aniquilan.

### **LAS CRISIS CRÓNICAS DEL CAPITALISMO ASCENDENTE**

La economía capitalista no tiene más límites que los que le imponen las posibilidades de valorizar el capital: mientras se extraiga y se capitalice la plusvalía, la producción progresa. Su desproporción con la capacidad general de consumo no surge más que cuando el aflujo de mercancías choca con los límites del mercado, obstruyendo sus vías de circulación, es decir, **cuando estalla la crisis**.

Es evidente que la crisis económica supera esa definición que la limita a una ruptura del equilibrio entre los diversos sectores de la producción, como afirman algunos economistas burgueses e incluso también algunos marxistas. Marx indica que *“en los periodos de superproducción general, la superproducción en ciertas esferas no es sino el resultado, la consecuencia de la superproducción en las principales ramas: no existe superproducción relativa sino en la medida en que existe superproducción en otras esferas.”* Evidentemente, una desproporción demasiado flagrante entre, por ejemplo, el sector que produce medios de producción y el que produce medios de consumo, puede provocar una crisis parcial, puede incluso ser la causa original de una crisis general. La crisis es un resultado de la superproducción general y relativa, una superproducción de productos de **todo tipo** (sean medios de producción o objetos de consumo) en relación a la demanda del mercado.

En suma, la crisis es una manifestación de la impotencia del capitalismo para **sacar beneficio** de la explotación del obrero: ya hemos puesto en evidencia que no basta con arrancar trabajo gratuito e incorporarlo al producto bajo la forma de nuevo valor, de plusvalía, sino que también hay que materializarlo en dinero mediante la venta del producto total **por su valor**, o más bien por su **precio de producción**, constituido por el precio de coste (valor del capital desembolsado, constante y variable) y al que hay que

sumar la ganancia social media (y no la ganancia que se obtiene en una producción concreta). Por otro lado, los precios de mercado, que teóricamente son la expresión monetaria de los precios de producción, en la práctica difieren de aquellos, pues siguen una curva que establece la ley mercantil de la oferta y la demanda, **aunque evolucionen en la órbita de ese valor**. Es importante subrayar que las crisis se caracterizan por unas fluctuaciones en los precios que implican depreciaciones considerables de los valores, que pueden incluso llevarlos a la destrucción, lo cual equivale a la pérdida de capital. La crisis revela bruscamente que se ha producido tal masa de medios de producción, de medios de trabajo y de medios de consumo, que se ha acumulado tal masa de **valores-capital**, que es imposible que estos funcionen como instrumentos de explotación de los obreros, que alcancen un determinado grado de tasa de ganancia; la bajada de esta tasa por debajo de un nivel aceptable para la burguesía o incluso la amenaza de la desaparición de toda ganancia perturba el proceso de producción y provoca incluso su parálisis. Las máquinas no se detienen porque hayan producido demasiados productos consumibles, sino porque el **capital** existente ya no recibe la plusvalía que le permite vivir. La crisis disipa así las brumas de la producción capitalista; subraya de golpe **la contradicción fundamental entre valor de uso y valor de cambio**, entre las necesidades de los hombres y las del capital. *“Se producen”, dice Marx, “demasiadas mercancías como para poder realizar y reconvertir en capital nuevo, en las condiciones de reparto y consumo dadas por la producción capitalista, el Valor y la Plusvalía que contienen. No es que se produzca demasiada riqueza. Es que **periódicamente** se produce demasiada riqueza en sus formas capitalistas, opuestas unas a las otras.”*

Esta periodicidad casi matemática de las crisis constituye uno de los rasgos específicos del sistema capitalista de producción. Ni la periodicidad ni el carácter propio de las crisis capitalistas se encuentran en ninguna de las sociedades precedentes: las economías antiguas, patriarcales, feudales, basadas esencialmente en la satisfacción de las necesidades de la clase dominante, no se apoyaban ni en una técnica progresista ni en un mercado que favoreciera una amplia corriente de intercambios, desconocían las crisis debidas al exceso de riqueza, pues como hemos dicho, la superproducción era imposible: las calamidades económicas eran consecuencia de los agentes naturales como la sequía, inundaciones, epidemias, factores sociales como las guerras, etc.

Las crisis crónicas aparecen sólo a comienzos del siglo XIX, cuando el capitalismo, ya consolidado gracias a las encarnizadas y victoriosas luchas que ha librado contra la sociedad feudal, entra en su periodo de plena expansión y, sólidamente instalado sobre su base industrial, inicia la conquista del mundo. Desde entonces, el desarrollo de la producción capitalista continuará a un ritmo irregular, siguiendo una trayectoria muy agitada. A una producción febril que se esfuerza por colmar las crecientes exigencias de los mercados mundiales le sucederá una saturación del mercado. El reflujo de la circulación conmocionará todo el mecanismo de la producción. La vida económica formará así una larga cadena en la que cada eslabón constituye un ciclo dividido en una serie de periodos de actividad normal, prosperidad, superproducción, crisis y depresión. El punto de ruptura del ciclo es la crisis, *“solución momentánea y violenta de las contradicciones existentes, erupción violenta que restablece momentáneamente el equilibrio alterado”* (Marx). Por tanto los periodos de crisis y prosperidad son inseparables y se condicionan mutuamente.

Hasta mediados del siglo XIX las crisis cíclicas conservan su centro de gravedad en Inglaterra, cuna del capitalismo industrial. La primera crisis que tuvo el carácter de la superproducción data de 1825 (el año anterior el movimiento trade-unionista, apoyándose en la ley de coalición que el proletariado había logrado arrancar a la burguesía, había empezado a crecer). Esta crisis tenía unos curiosos orígenes para la época: los importantes empréstitos que las jóvenes repúblicas sudamericanas habían contratado en Londres los años anteriores, se agotaron, lo que llevó a una brusca contracción de estos mercados. Afectó particularmente a la industria algodonera, despojada de su monopolio, se reflejará en la revuelta de los obreros del algodón, y finalmente se resolverá mediante una extensión de los mercados, limitados esencialmente a Inglaterra, donde al capital aún le quedaban vastas regiones por transformar y capitalizar: la penetración en las regiones agrícolas de las provincias inglesas y el desarrollo de las exportaciones hacia las Indias abrirán nuevos mercados a la industria del algodón; la construcción de los ferrocarriles y el desarrollo del

maquinismo suministran un mercado a la industria metalúrgica, que despegue definitivamente. En 1836, el marasmo de la industria algodonera, tras a una depresión seguida de una época de prosperidad, generaliza una vez más la crisis y serán de nuevo los tejedores, muertos de hambre, a quienes se ofrezca como víctimas expiatorias. La crisis encuentra una salida en 1839, con la ampliación de la red de ferrocarriles, pero mientras tanto surge el movimiento cartista, expresión de las primeras aspiraciones políticas del proletariado inglés. En 1840 se produce una nueva depresión en la industria textil inglesa acompañada de revueltas obreras; se prolonga hasta 1843. La reanudación llega en 1844 y en 1845 ya es gran prosperidad. En 1847 se inicia una crisis general que se extiende al continente. A continuación se produce la insurrección parisina de 1848 y la revolución alemana que dura hasta 1849, época en la que se abren los mercados americanos y australianos para la industria europea y sobre todo la inglesa, al mismo tiempo que la construcción de ferrocarriles adquiere un gran desarrollo en Europa continental.

Es en esta época cuando Marx, en el Manifiesto Comunista, describe las características generales de las crisis y subraya el antagonismo que existe entre el desarrollo de las fuerzas productivas y su apropiación burguesa. Con una profundidad genial, esboza las perspectivas para la producción capitalista. *“¿Cómo supera estas crisis la burguesía?”*, se pregunta. *“Por un lado mediante la destrucción de una cierta masa de fuerzas productivas, y por otro mediante la conquista de nuevos mercados y la explotación más profunda de los obreros. ¿Dónde lleva todo esto? A preparar crisis más generales y más formidables y a reducir los medios para prevenirlas.”*

Durante la segunda mitad del siglo XIX el capitalismo industrial logra dominar el continente. Alemania y Austria inician su desarrollo industrial hacia 1860. Así pues, las crisis cada vez son más extensas. La de 1857 fue corta gracias a la expansión del capital, sobre todo por Europa central. 1860 marca el apogeo de la industria algodonera inglesa, que se encamina hacia la saturación de los mercados de las Indias y Australia. La guerra de Secesión la priva de algodón y provoca en 1863 su completo hundimiento, provocando una crisis general. Pero los capitales ingleses y franceses no pierden el tiempo, y de 1860 a 1870 se aseguran sólidas posiciones en Egipto y China.

El periodo que va de 1850 a 1873 es extremadamente favorable para el desarrollo del capital. Se caracteriza por largas fases de prosperidad (de alrededor de 6 años) y cortas depresiones de unos 2 años. El siguiente periodo, que se inicia con la crisis de 1873 y se extiende hasta 1896, presenta un proceso inverso: depresión crónica en la que se intercalan cortas fases ascendentes. Alemania (paz de Fráncfort en 1871) y los Estados Unidos aparecen ahora como competidores temibles ante Inglaterra y Francia. El prodigioso ritmo de desarrollo de la producción capitalista supera el ritmo de penetración en los mercados: crisis en 1882 y 1890. Comienzan las **grandes luchas coloniales** por el reparto del mundo y el capitalismo, bajo el impulso de la inmensa acumulación de plusvalía, se lanza por la vía del imperialismo que le llevará a la crisis general y a la bancarrota. Mientras tanto, surgen las crisis de 1900 (guerra de los Boers y de los “Bóxers”) y de 1907. La de 1913-1914 terminó explotando en guerra mundial.

Antes de abordar el análisis de la crisis general del imperialismo decadente, que será el objeto de la segunda parte de nuestro estudio, examinaremos el proceso que siguen todas las crisis de la época expansionista.

Los dos términos extremos del ciclo económico son:

- a) Una fase última de prosperidad que desemboca en el punto culminante de la acumulación, que se refleja en una tasa más elevada y una composición orgánica de capital también más alta; la potencia de las fuerzas productivas llega a su punto de ruptura con la capacidad del mercado; esto significa también, como hemos señalado, que la débil tasa de ganancia correspondiente a la alta composición orgánica choca con las necesidades de valorización del capital.

- b) La fase más profunda de la crisis que se corresponde con una parálisis total de la acumulación de capital y precede inmediatamente a la depresión.

Entre ambos momentos se desarrolla, por una parte la propia crisis, periodo de conmociones y destrucción de valores de cambio, y por otra parte la fase de depresión a la que sucede la reanudación y la prosperidad que fecundan nuevos valores.

El equilibrio inestable de la producción, minado por el progresivo agravamiento de las contradicciones capitalistas, se rompe bruscamente al estallar la crisis y no se puede restablecer si no se opera un saneamiento de los valores-capital. Este hundimiento se inicia con una bajada de los precios de los productos acabados, mientras los precios de las materias primas continúan subiendo durante un tiempo. La contracción de los precios de las mercancías evidentemente implica la depreciación de los capitales materializados en esas mercancías, y la caída puede llegar a destruir una fracción más o menos importante de capital, según sea la gravedad e intensidad de la crisis. Este proceso de destrucción adquiere dos aspectos: por un lado, se produce una **pérdida de valores de uso**, pues la detención total o parcial del aparato productivo deteriora las máquinas y el material no empleado; por otra parte, una **pérdida de valores de cambio**, que es lo más importante, pues afecta al proceso de renovación de la producción, deteniéndolo y desorganizándolo. El capital constante sufre el primer choque; la reducción del capital variable no se produce inmediatamente, pues la bajada de salarios se produce con cierto retraso respecto a la bajada de precios. La contracción de los valores impide que se reproduzcan en la misma medida que antes; es más, la parálisis de las fuerzas productivas impide al capital que las representa existir como tal: es capital muerto, inexistente, **aunque subsista bajo su forma material**. El proceso de acumulación de capital también se interrumpe, pues la plusvalía acumulable se la ha tragado la caída de los precios, aunque sin embargo la acumulación de valores de uso pueda perfectamente proseguir algún tiempo, al continuar la ampliación prevista del aparato productivo.

La contracción de los valores también implica la contracción de las empresas: las más débiles sucumben o son absorbidas por las más fuertes, a las que afecta menos la bajada de precios. Esta centralización no se produce sin lucha: mientras dura la prosperidad, mientras hay un botín que compartir, se reparte entre las diversas fracciones de la clase capitalista, proporcionalmente al capital desembolsado; pero cuando llega la crisis y las pérdidas son inevitables para **la clase en su conjunto**, todos los grupos y cada capitalista individual se esfuerza con todos los medios a su alcance por limitar sus pérdidas o endosárselas al vecino. **El interés de la clase se diluye bajo el empuje de los intereses particulares**, dispares, mientras que en el periodo normal estos respetaban una cierta disciplina. Veremos que en la crisis general es el interés de clase el que afirma su predominio.

Pero llega un momento en que la caída de los precios, que permite liquidar los stocks de viejas mercancías, se detiene. El equilibrio se restablece progresivamente. Los capitales recuperan su valor a un nivel más bajo, la composición orgánica también se reduce. Paralelamente a este restablecimiento se produce una reducción de los precios de coste, principalmente como resultado de una **compresión masiva de salarios**; la plusvalía –así oxigenada– reaparece y reanima lentamente todo el cuerpo capitalista. Los economistas de la escuela liberal celebran otra vez los méritos de sus anti-toxinas, de sus “reacciones espontáneas”, la tasa de ganancia se eleva, se vuelve “interesante”; resumiendo, **las empresas recuperan su rentabilidad**. Resurge la acumulación, aguijoneando el apetito capitalista y preparando la eclosión de una nueva superproducción. Aumenta la masa de plusvalía acumulada, que exige nuevos mercados, hasta que otra vez el mercado vuelve a retrasar el desarrollo de la producción. La crisis madura. El ciclo se reinicia.

*“Las crisis aparecen como el medio de seguir atizando y desencadenando de nuevo el fuego del desarrollo capitalista.”* (R. Luxemburg).

\*\*\*

En la primera parte de este estudio hemos señalado que el periodo que va prácticamente de 1852 a 1873 lleva el sello de un considerable desarrollo capitalista, dentro de la “libre competencia” (competencia mitigada por la existencia de un proteccionismo en defensa de las industrias nuevas que están creciendo). En el transcurso de esta fase histórica, las diversas burguesías nacionales rematan su dominio económico y político sobre las ruinas del feudalismo, liberando de todas las trabas a las fuerzas capitalistas de producción: en Rusia se abole la servidumbre; en los Estados Unidos la guerra de Secesión barre la anacrónica esclavitud; se forma la nación italiana, se funda la unidad alemana. El tratado de Fráncfort cierra el ciclo de grandes guerras nacionales, de las que surgieron los Estados capitalistas modernos.

### PROCESO ORGÁNICO EN LA ERA CAPITALISTA

Hacia 1873, con su rápido ritmo de desarrollo, el sistema capitalista de producción ya ha integrado en su esfera, en su propio mercado, el terreno extra-capitalista que le es limítrofe. Europa se convierte en una vasta economía mercantil (excepto algunas zonas atrasadas del centro y el este) dominada por la producción capitalista. El continente norteamericano sufre la hegemonía del capitalismo anglo-sajón, ya bastante desarrollado.

Por otra parte, el proceso de acumulación capitalista, que las crisis cíclicas interrumpen momentáneamente pero que se reanuda siempre con nuevos bríos después de cada saneamiento económico, provoca paralelamente una potente e irresistible centralización de los medios de producción, que la tendencia a la baja de la tasa de ganancia y la codicia de los competidores precipita. Se asiste a una multiplicación de empresas gigantescas de alta composición orgánica, proceso facilitado por el desarrollo de las sociedades por acciones que sustituyen a los capitalistas individuales, que aislados son incapaces de hacer frente a las exigencias de la extensión de la producción; los industriales se trasforman en agentes subordinados a los consejos de administración.

Pero también comienza otro proceso: de la necesidad, por una parte, de contrarrestar la bajada de la tasa de ganancia, manteniéndola en unos límites compatibles con la producción capitalista, y por otra de poner freno a una concurrencia anárquica y desastrosa, surgen las organizaciones monopolistas, que adquieren importancia tras la crisis de 1873. Primero aparecen los Cárteles, luego una forma más concentrada, los Sindicatos. Luego aparecen los Trust y los Konzern, que operan una concentración horizontal de industrias similares o un reagrupamiento vertical de diferentes ramas de la producción.

El capital humano, por su parte, con la afluencia de una masa considerable de dinero ahorrado y disponible, producto de la intensa acumulación, adquiere una influencia predominante. El sistema de participaciones “en cascada”, que se injerta en el organismo monopolista, le da la llave para controlar las producciones fundamentales. El capital industrial, comercial o bancario, al ir perdiendo así gradualmente su situación autónoma en el mecanismo económico y la fracción más considerable de la plusvalía producida, se encauza hacia una formación capitalista superior, sintética, que pasa a disponer de aquella según sus propios intereses: el **Capital Financiero**. Éste es, en resumidas cuentas, el producto hipertrofiado de la acumulación capitalista y de sus manifestaciones contradictorias, definición que evidentemente no tiene nada que ver con la de aquellos que piensan que el capital financiero refleja la voluntad de ciertos individuos animados por una fiebre “especulativa” de oprimir y expropiar al resto de formaciones capitalistas e impedir su “libre” desarrollo. Semejante concepción, que es un polo de atracción para las corrientes pequeño-burguesas socialdemócratas y neo-marxistas que chapotean en el pantano del “anti-hipercapitalismo”, refleja el desconocimiento de las leyes del desarrollo capitalista y da la espalda al marxismo, al mismo tiempo que refuerza el dominio ideológico de la burguesía.

El proceso orgánico de centralización, lejos de eliminar la competencia, la amplifica bajo nuevas formas; no refleja así más que el grado de profundidad que ha alcanzado la contradicción capitalista fundamental. A la competencia entre capitalistas individuales –órganos primarios– que se produce en toda

la extensión del mercado capitalista (nacional e internacional) y que es contemporánea del capitalismo “progresista”, le suceden las vastas competiciones internacionales entre organismos más evolucionados: los Monopolios, los dueños de los mercados nacionales y de las producciones fundamentales; este periodo se corresponde con una capacidad productiva que desborda ampliamente los límites del mercado nacional y a una extensión geográfica de éste mediante las conquistas coloniales con las que comienza la era imperialista. La forma suprema de la concurrencia capitalista se expresará finalmente mediante las guerras inter-imperialistas y surgirá cuando todos los territorios del globo estén repartidos entre las naciones imperialistas. Bajo la égida del capital financiero, se inicia el proceso de transformación de las formaciones nacionales –salidas de las conmociones históricas y que con su desarrollo contribuyeron a que cristalizara la división internacional del trabajo– en entidades económicas completas. *“Los monopolios”, dice Rosa Luxemburg, “agravan la contradicción que existe entre el carácter internacional de la economía capitalista mundial y el carácter nacional del Estado capitalista.”*

El desarrollo del nacionalismo económico es doble: intensivo y extensivo.

El principal armazón del desarrollo intensivo lo constituye el proteccionismo, pero no ya el que protege a las “nuevas industrias”, sino el que instauro el monopolio en el mercado nacional y permite dos cosas: en el interior, la realización de una plusganancia, y en el exterior el “dumping”, fijar los precios por debajo del valor de los productos.

El desarrollo extensivo, provocado por la necesidad constante de expansión del capital, que busca zonas donde poder realizar y capitalizar la plusvalía, se orienta hacia la conquista de tierras precapitalistas y coloniales.

Proseguir con la extensión continua de su mercado para escapar a la constante amenaza de la superproducción de mercancías que se refleja en las crisis cíclicas, tal hemos dicho que es la necesidad fundamental del modo de producción capitalista, que por una parte se traduce en una evolución **orgánica** hacia los monopolios, y por otra en una evolución **histórica** hacia el imperialismo. Definir el imperialismo como “un **producto del capital financiero**”, como hace Bujarin, significa establecer falsas filiaciones y sobre todo implica perder de vista el origen común de esos dos aspectos del proceso capitalista, cuyo objetivo es producir plusvalía.

## **LAS GUERRAS COLONIALES EN LA PRIMERA FASE DEL CAPITALISMO**

Mientras el ciclo de las guerras nacionales se caracteriza esencialmente por luchas entre naciones en formación, edificando una estructura política y social conforme a las necesidades de la producción capitalista, las guerras coloniales enfrentan a los países capitalistas completamente desarrollados que empiezan a resquebrajarse en sus estrechos límites con países no evolucionados, de economía natural o atrasada.

Las regiones a conquistar pueden ser de dos tipos:

- a) **Las colonias de asentamiento** que sirven esencialmente como esferas para invertir capitales y se convierten en una especie de prolongación de las economías metropolitanas, recorriendo una evolución capitalista similar y llegando incluso a competir con las metrópolis, al menos en ciertos sectores. Tal es el caso de los dominios británicos, que tienen una estructura capitalista compleja.
- b) **Las colonias de explotación** densamente pobladas, en las que el capital persigue dos objetivos esenciales: realizar su plusvalía y apropiarse de materias primas a buen precio, lo que le permite frenar el crecimiento del capital constante invertido en la producción y mejorar la proporción entre la masa de plusvalía y el capital total. Para la realización de las mercancías, el proceso es el mismo que el que hemos descrito: el capitalismo obliga a los campesinos y a los pequeños productores

salidos de la economía doméstica a trabajar, no ya para satisfacer sus necesidades directas, sino para el mercado, en el que se efectúa el intercambio de productos capitalistas de gran consumo y productos agrícolas. Los pueblos agricultores de las colonias se integran en la economía mercantil bajo la presión del capital comercial y usurario, que estimulan las grandes plantaciones de productos para la exportación: algodón, caucho, arroz, etc. Los empréstitos coloniales representan el adelanto de poder adquisitivo que ofrece el capital financiero para el equipamiento de redes de transporte para las mercancías: construcción de ferrocarriles y puertos que facilitan el transporte de materias primas o trabajos de carácter estratégico que consolidan el dominio capitalista. Por una parte, el capital financiero vela para que los capitales no sean un instrumento para la emancipación de las colonias, para que las fuerzas productivas se desarrollen e industrialicen sin que ello suponga una amenaza para la industria metropolitana, orientando su actividad, por ejemplo, hacia la transformación primaria de materias primas, que se efectúa con el concurso de mano de obra indígena casi gratuita.

Además, el campesinado, aplastado por el peso de las deudas usureras y los impuestos que se tragan los empréstitos, se ve obligado a ceder los productos de su trabajo muy por debajo de su valor, si no por debajo de su precio de coste.

A estos dos métodos de colonización que hemos indicado hay que añadir un tercero, que consiste en asegurarse zonas de influencia "avasallando" a los Estados atrasados con préstamos y colocando capitales. Este intenso flujo de exportación de capitales, ligado a la extensión del proteccionismo monopolista, favorece la ampliación de la producción capitalista, al menos en Europa central y oriental, en América en incluso en Asia, donde Japón se ha convertido en una potencia imperialista.

Por otro lado, el desarrollo desigual del capitalismo se prolonga en el proceso de expansión colonial. En el umbral del ciclo de guerras coloniales, las naciones capitalistas más viejas ya se apoyan sobre una sólida base imperialista; las dos mayores potencias de la época, Inglaterra y Francia, ya comparten las "buenas" tierras de América, Asia y África, factores que les dan aún más ventaja para su posterior extensión en detrimento de sus más jóvenes competidores, como Alemania y Japón, que se ven obligados a conformarse con lo poco que ha quedado de África y Asia pero que, en cambio, mejoran sus posiciones mucho más rápido que las viejas naciones: Alemania, potencia industrial que domina el continente europeo, pronto pondrá en cuestión el predominio del imperialismo inglés, planteando el problema de la hegemonía mundial cuya solución se buscará a través de la primera guerra imperialista.

Si bien en el trascurso del ciclo de guerras coloniales los contrastes económicos y los antagonismos imperialistas se agudizan, la burguesía de los países más avanzados puede solucionar "pacíficamente" los conflictos de clase que de ellos resultan, acumulando en el curso de su bandidaje colonial unas reservas de plusvalía que puede derrochar a manos llenas para corromper a las capas privilegiadas de la clase obrera. Las dos últimas décadas del siglo XIX conducirán al triunfo del oportunismo y el reformismo dentro de la socialdemocracia internacional, monstruosas excrecencias parasitarias que se alimentan de los pueblos coloniales.

Pero el colonialismo extensivo tiene un desarrollo limitado, y el capitalismo, insaciable conquistador, pronto termina agotando todos los mercados extra-capitalistas disponibles. La concurrencia inter-imperialista, privada así de una vía de escape, se orienta hacia la guerra imperialista.

*"Quienes se enfrentan hoy con las armas no son por un lado los países capitalistas y por el otro los países de economía natural, sino Estados que precisamente se ven empujados al conflicto porque han sufrido un desarrollo capitalista semejante."* (R. Luxemburg).



## LOS CICLOS DE GUERRAS INTER-IMPERIALISTAS Y REVOLUCIONES EN LA CRISIS GENERAL DEL CAPITALISMO

Mientras que las antiguas comunidades naturales pueden resistir miles de años, mientras que la sociedad antigua y la feudal recorrieron un largo periodo histórico, *“la producción capitalista moderna, en cambio”, dice Engels, “ha envejecido con apenas 300 años y no ha conseguido predominar sino después de instaurar la gran industria, es decir, desde hace cien años; en este tiempo ha llevado a cabo tal disparidad en el reparto –la concentración de capitales en un pequeño número de manos por un lado y las masas sin propiedad en las grandes ciudades por el otro–, que se encamina fatalmente a la perdición.”*

La sociedad capitalista, dada la agudeza que alcanzan las contradicciones de su modo de producción, no puede continuar con lo que constituye su misión histórica: desarrollar de manera continua y progresiva las fuerzas productivas y la productividad del trabajo humano. La revuelta de las fuerzas productivas contra la apropiación privada, de esporádica, se convierte en **permanente**. El capitalismo entra en su crisis general de descomposición, y la historia podrá registrar sus agónicos estertores con trazos de sangre.

Resumamos las características esenciales de esta crisis general: una superproducción industrial general y constante; un paro estructural crónico que entorpece la producción de capitales no viables; un paro permanente de masas considerables de fuerzas de trabajo que agrava los contrastes de clase; una superproducción agrícola crónica que convierte la crisis industrial en crisis general, y que analizaremos más profundamente; una considerable ralentización del proceso de acumulación capitalista fruto de la contracción del margen para la explotación de la fuerza de trabajo (composición orgánica) y de la continua bajada de la tasa de ganancia que Marx ya preveía cuando decía que *“tan pronto como la formación de capital se hallase exclusivamente en las manos de algunos **grandes capitalistas**, para los que la **masa de ganancia compensaría a la tasa**, la producción perdería todo su estímulo vivificador y caería en la somnolencia. La tasa de ganancia es la fuerza motriz de la producción capitalista. Sin ganancia, no hay producción”*. Por último, el capital financiero necesita una plusganancia, que sacará no ya de la producción de plusvalía, sino del expolio al conjunto de los consumidores por una parte, elevando el precio de las mercancías por encima de su valor, y a los pequeños productores por la otra, apropiándose de una parte o de la integridad de su trabajo. Esta plusganancia representa así un impuesto indirecto a la **circulación** de las mercancías. El capitalismo tiende a convertirse en parasitario en el sentido más completo del término.

Durante los 20 años que precedieron al conflicto mundial, estos agentes de la crisis general se desarrollaban y actuaban ya en una cierta medida, aunque la coyuntura aún evolucionaba siguiendo una curva ascendente, reflejo de una especie de “canto del cisne” del capitalismo. En 1912 se llega al punto culminante, el mundo capitalista está inundado de mercancías y la crisis estalla en los Estados Unidos en 1913, extendiéndose por Europa. La chispa de Sarajevo hace que estalle en guerra mundial, que pone a la orden del día la cuestión del reparto de las colonias. Desde entonces, la masacre constituirá para la producción capitalista un inmenso mercado que ofrece unas “magníficas” perspectivas.

La industria pesada ya no fabrica medios de producción, sino de destrucción; y la industria de consumo también trabaja a pleno rendimiento, pero no para garantizar la existencia de los hombres, sino para acelerar su destrucción. Por un lado la guerra opera un “saludable” saneamiento de los valores-capital hipertrofiados, destruyéndolos sin remplazarlos, y por otro favorece la realización de mercancías muy por encima de su valor, fruto del alza formidable de los precios bajo el régimen del curso forzoso; la masa de plusganancia que el capital obtiene de semejante expolio a los consumidores compensa ampliamente la disminución de la masa de plusvalía fruto de la movilización, que reduce las posibilidades para la explotación.

La guerra destruye sobre todo enormes cantidades de fuerzas de trabajo, que en tiempos de paz, al ser expulsadas del proceso de producción, constituyen una amenaza creciente para el dominio burgués. Se cifra la destrucción de valores reales en un tercio de la riqueza mundial acumulada por el trabajo de

generaciones de asalariados y campesinos. Este desastre social, visto desde el ángulo capitalista, arroja un balance de prosperidad análogo al de una sociedad anónima con participaciones financieras cuya cuenta de ganancias y pérdidas, llena de beneficios, oculta la ruina de innumerables pequeñas empresas y la miseria de los trabajadores. Pues las destrucciones, si bien adquieren las proporciones de un cataclismo, no corren a cargo del capitalismo. El Estado capitalista, en el que durante la guerra convergen todos los poderes, pues es imperiosamente necesario establecer una economía de guerra, es el gran consumidor insaciable que crea su poder adquisitivo mediante préstamos gigantescos que drenan todo el ahorro nacional, bajo el control y con la ayuda “retribuida” del capital financiero; paga con letras de cambio que hipotecan la futura riqueza del proletariado y los pequeños campesinos. La afirmación que formuló Marx hace 75 años adquiere pleno significado: *“La única parte de la llamada riqueza nacional de los pueblos modernos que podemos decir que es realmente propiedad colectiva es la deuda pública”*.

La guerra, evidentemente, tenía que acelerar el proceso de exacerbación de los antagonismos sociales. El último periodo de la masacre se inicia con el trueno de Octubre de 1917. El sector más débil del capitalismo mundial termina saltando en pedazos. Aumentan las convulsiones revolucionarias en Europa central y occidental. El poder burgués vacila: debe acabar con este conflicto. Si bien en Rusia, el proletariado, guiado por un partido templado por quince años de luchas obreras y trabajo ideológico, puede dominar a una burguesía aún débil e instaurar su dictadura, en los países centrales —en los que el capitalismo está sólidamente enraizado— la clase burguesa, aunque vacile ante el ímpetu del impulso revolucionario, logra orientar al proletariado en una dirección que le aleja de sus objetivos específicos, gracias al apoyo de la aún poderosa socialdemocracia y a que aún no habían madurado los partidos comunistas. La tarea del capitalismo se ve facilitada por el hecho de que, tras el armisticio, puede prolongar su “prosperidad” de guerra con un periodo de expansión económica, debido a la necesidad de adaptar la producción bélica a la renovación del aparato productivo y al consumo de tiempos de paz, que se refleja en el resurgimiento de una inmensa demanda de productos de primera necesidad. Esta mejoría permite reintegrar en la producción a la práctica totalidad de los obreros desmovilizados, y las concesiones económicas que hace la burguesía, aunque no mermen su ganancia (el aumento de los salarios no compensa la depreciación del poder adquisitivo del papel moneda), contribuyen a que la clase obrera se ilusione con que su suerte puede mejorar dentro del régimen capitalista, a aislarla de su vanguardia revolucionaria para poder aplastarla mejor.

La perturbación ocasionada en el sistema monetario agrava el desorden provocado por la guerra en la jerarquía de los valores y en la red de intercambios, de manera que la expansión (al menos en Europa) se desarrolla en el sentido de la especulación y el aumento de los valores ficticios, y no como un ciclo normal de acumulación; pronto alcanza además su punto culminante, aunque el volumen de la producción se corresponde a unas fuerzas productivas cuya capacidad está bastante reducida y sensiblemente por debajo del nivel de preguerra, desborda rápidamente la débil capacidad de compra de las masas. De ahí surge la crisis de 1920, que tal y como la definió el III Congreso de la Internacional Comunista, se muestra como la *“reacción de la miseria contra los esfuerzos por producir, traficar y vivir como en la época capitalista precedente”*, la de la ficticia prosperidad de la guerra y la posguerra.

Si bien en Europa la crisis no llega como resultado de un ciclo industrial, en Estados Unidos sí que lo hace. La guerra le ha permitido salir de la crisis de 1913 y le ofrece inmensas posibilidades de acumulación, dejando atrás a su competidor europeo y abriendo un mercado militar casi inagotable. América se convierte en el gran proveedor de materias primas y productos agrícolas e industriales para Europa. Apoyándose en una capacidad productiva colosal, una agricultura fuertemente industrializada, inmensos recursos de capital y su situación de acreedor mundial, los Estados Unidos se convierten en el centro de la economía mundial y desplazan el eje de las contradicciones imperialistas. El antagonismo anglo-americano sustituye a la rivalidad anglo-alemana, causante del primer conflicto mundial. Al terminar éste, surge en los Estados Unidos ese profundo contraste entre un aparato productivo hipertrofiado y un mercado considerablemente limitado.

Esta contradicción termina estallando en la crisis de abril de 1920, a partir de la cual el joven capitalismo norteamericano tendrá que hacer frente a la descomposición general de su economía.

En la fase decadente del imperialismo, el capitalismo no puede encauzar los contrastes de su sistema más que en una sola dirección: la guerra. La Humanidad no puede escapar a semejante alternativa si no es mediante la revolución proletaria. Ahora bien, como la revolución de Octubre de 1917 no logró que madurara la conciencia del proletariado en los países desarrollados de occidente, como éste ha sido incapaz de orientar las fuerzas productivas hacia el socialismo, que es la única forma de colmar las contradicciones capitalistas, la burguesía, cuando ya se han consumido las últimas energías revolucionarias tras la derrota del proletariado alemán de 1923, logra devolver una cierta estabilidad a su sistema, que a pesar de ver reforzado su dominio se dirige a una nueva y más terrible conflagración general.

Mientras tanto, se inicia un nuevo periodo de ascenso económico, que parece adquirir el aspecto de una prosperidad análoga a la de los ciclos del capitalismo ascendente, al menos en lo que respecta a sus aspectos esenciales: desarrollo de la producción. Pero como hemos visto anteriormente, este impulso antes se correspondía con la extensión del mercado capitalista, que se anexionaba nuevas zonas pre-capitalistas, mientras que el impulso de 1924-29 que se desarrolla en la crisis general del capitalismo no dispone de esa posibilidad. Asistimos, en cambio, a un agravamiento de la crisis general bajo la acción de ciertos factores que examinaremos rápidamente:

- a) Al mercado capitalista le han amputado el vasto mercado que constituía la Rusia imperial, importadora de productos industriales y capitales y exportadora de materias primas y productos agrícolas cedidos a bajo precio gracias a la feroz explotación de los campesinos; por otra parte, la última gran zona pre-capitalista con inmensos recursos y vastas reservas de hombres se hunde en unas formidables convulsiones sociales que impide colocar allí unos capitales que serían "tranquilizadores".
- b) El desequilibrio del mecanismo mundial ha suprimido el oro como equivalente general de las mercancías y moneda universal; la ausencia de una medida común y la coexistencia de sistemas monetarios basados ya en el oro o ya en el curso forzoso o la no convertibilidad, provocan tales diferencias de precios que la noción de valor se resquebraja, se desarticula completamente el comercio internacional. Y ese desorden se agrava gracias al dumping, al que tan a menudo se recurre.
- c) La crisis crónica y general de la agricultura madura en los países agrarios y en los sectores agrícolas de los países industriales (se expandirá durante la crisis económica mundial). El desarrollo de la producción agraria, cuyo principal impulso antes de la guerra había sido la industrialización y la capitalización agrícola de grandes regiones de Estados Unidos, Canadá y Australia, continúa extendiéndose por las regiones más atrasadas de Europa central y América del Sur, cuya economía esencialmente agrícola ha perdido su carácter semi-autónomo y se ha vuelto completamente tributaria del mercado mundial.

Además, los países industriales, importadores de productos agrícolas pero comprometidos en la vía del nacionalismo económico, tratan de colmar las deficiencias de su agricultura mediante un aumento de tierras cultivadas y de su rendimiento, bajo la protección de las barreras aduaneras y con la ayuda de una política de subvenciones cuya práctica también se extiende a los países de grandes cultivos (Estados Unidos, Canadá, Argentina). De todo ello resulta que, bajo la presión monopolista, este régimen ficticio de precios agrícolas los eleva al nivel de los que tienen los costes de producción más altos, gravando la capacidad adquisitiva de las masas (esto ocurre sobre todo con el trigo, artículo de gran consumo).

El hecho de que las economías campesinas hayan terminado integrándose en el mercado implica una importante consecuencia para el capitalismo: los mercados nacionales ya no pueden extenderse más y han llegado a su punto de absoluta saturación. El campesino, aunque aparentemente sigue siendo un productor

independiente, se ha incorporado a la esfera capitalista de producción al mismo nivel que los asalariados: al igual que a estos se les explota su trabajo coaccionándoles para que vendan su fuerza de trabajo, los campesinos no pueden apropiarse del trabajo suplementario que contienen sus productos porque deben cederlos al capital por debajo de su valor.

El mercado nacional traduce así de manera contundente la agudización de las contradicciones capitalistas: por una parte, el decrecimiento relativo y luego absoluto de la parte que le corresponde al proletariado en el producto total, así como la extensión del paro permanente y del ejército de reserva industrial, reducen el mercado para los productos agrícolas. Y la consiguiente caída del poder adquisitivo de los pequeños campesinos repercute en el mercado de productos industriales. La reducción constante de la capacidad general de compra de las masas obreras y campesinas choca cada vez más violentamente con una producción agrícola cada vez más abundante, compuesta sobre todo de productos de gran consumo.

Esta superproducción agrícola endémica (que las cifras de los stocks mundiales de trigo demuestran claramente, pues se han triplicado de 1926 a 1933) refuerza los factores de descomposición que afectan a la crisis general del capitalismo, pues esta superproducción agrícola, al contrario que la superproducción capitalista propiamente dicha, no se puede suprimir (a no ser que intervengan “providencialmente” los agentes naturales), dado el carácter específico de la producción agraria, que aún está insuficientemente centralizada y capitalizada y da trabajo a millones de familias.

Tras definir las condiciones que delimitan el terreno en el que se mueven las contradicciones inter-imperialistas, es fácil descubrir el verdadero carácter de esta “insólita” prosperidad del periodo de “estabilización” del capitalismo. El considerable desarrollo de las fuerzas productivas y de la producción, del volumen de los intercambios mundiales, del movimiento internacional de capitales, rasgos esenciales de la fase ascendente que va de 1924 a 1928, se explican por la necesidad de afrontar las consecuencias de la guerra, de reconstituir la primitiva capacidad productiva para emplearla en un objetivo fundamental: el perfeccionamiento de la estructura económica y política de los Estados imperialistas, que les permitirá poner su capacidad competitiva en condiciones y edificará una economía adaptada a la guerra. Por tanto, es evidente que todas estas fluctuaciones coyunturales tan desiguales, aunque evolucionen en una línea ascendente, no reflejan más que las modificaciones que se producen en la correlación de las fuerzas imperialistas, fuerzas que sancionaron en Versalles un nuevo reparto del mundo.

El desarrollo técnico y la capacidad de producción adquieren proporciones gigantescas, particularmente en Alemania. Tras la tormenta inflacionista de 1922-23, las inversiones de capitales ingleses, franceses y sobre todo norteamericanos llegan a tal punto que muchos no se pueden emplear en el interior y son reexportados a través de los bancos, sobre todo a la URSS, para financiar su plan quinquenal.

En el transcurso del propio proceso de expansión de las fuerzas productivas, aumenta la virulencia de la ley degenerativa del descenso de la tasa de ganancia. La composición orgánica se eleva aún más rápidamente de lo que se desarrolla el aparato productivo, y esto se verifica sobre todo en las ramas fundamentales de la industria, provocando una modificación interna del capital constante: la parte fija (máquinas) aumenta rápidamente en comparación con la parte circulante (materias primas y otros aprovisionamientos que se consumen en el proceso), y se convierte en un elemento de rigidez que grava los precios de coste en la medida en que afecta al volumen de la producción y en que el capital fijo representa el contravalor de los capitales prestados. Las empresas más poderosas se convierten también en las más sensibles ante cualquier cambio de la coyuntura. En 1929, en los Estados Unidos, en plena prosperidad, la máxima producción de acero necesitó únicamente un 85% de la capacidad productiva, y en marzo de 1933 esta capacidad empleada cayó al 15%. En 1932 la producción de los medios de producción en los grandes países industriales ni siquiera representaba, en valor, el equivalente al desgaste normal del capital fijo.

Estos elementos no reflejan más que otro aspecto contradictorio de la fase de degeneración imperialista: mantener el indispensable potencial de guerra en medio de un aparato productivo parcialmente inutilizable.

Mientras, para tratar de aligerar el precio de coste, el capital financiero recurre a los medios que ya conocemos: reducción del precio de las materias primas, reducción del valor de la parte circulante del capital constante; fijación de precios de venta por encima de su valor, para procurarse una plusganancia; la reducción del capital variable, bien sea por la bajada directa o indirecta de los salarios, bien sea intensificando el trabajo, alargando la jornada o racionalizando el proceso y organizando el trabajo en cadena. Se comprende por qué estos últimos métodos, infravalorados en los periodos de débil coyuntura, han sido los que se han aplicado más rigurosamente en los países técnicamente más desarrollados, como Estados Unidos y Alemania, frente a los países menos desarrollados en los que los precios de coste son mucho más sensibles a la reducción de salarios. La racionalización tropieza sin embargo con los límites de las capacidades humanas. Además, la reducción de salarios no permite aumentar la masa de plusvalía a menos que la base para la explotación, el número de asalariados trabajando, no se reduzca. Por tanto, la solución al problema fundamental: conservar el valor de los capitales invertidos así como su rentabilidad, produciendo y realizando el máximo de plusvalía y de ganancia (su prolongación parasitaria), hay que orientarla en otra dirección. Para que los capitales “no viables” puedan sobrevivir y asegurarles una ganancia, hay que alimentarles con dinero “fresco” que evidentemente el capital financiero se niega a descontar de sus propios recursos. Hay que sacarlo, pues, del bolsillo de los consumidores, bien del ahorro disponible o por intermedio del Estado. De ahí el desarrollo de los monopolios, de las empresas mixtas (de participación estatal), la creación de onerosas empresas de “utilidad pública”, los préstamos, las subvenciones a los negocios no rentables o la garantía estatal de sus beneficios. De ahí también el control de los presupuestos, la “democratización” de los impuestos mediante la ampliación de la base imponible, las desgravaciones fiscales al capital para reanimar las “fuerzas vivas” de la nación, la reducción de los gastos sociales “no productivos”, las conversiones de rentas, etc.

Sin embargo, puede que eso no sea bastante. La masa de plusvalía producida es insuficiente y el campo de la producción, demasiado estrecho, debe extenderse. Si la guerra es el gran mercado de la producción capitalista, en tiempos de “paz” el militarismo (como conjunto de actividades que preparan la guerra) realizará la plusvalía de las producciones fundamentales controladas por el capital financiero. Éste puede así asegurar una cierta capacidad de absorción gracias a los impuestos, que quitan a las masas obreras y campesinas una parte de su poder adquisitivo y se lo transfieren al Estado, comprador de medios de destrucción y el “contratista de trabajos” de carácter estratégico. El respiro que se logra de esta forma evidentemente no resuelve los contrastes. Como ya preveía Marx: *“la contradicción entre el poder social general finalmente constituido por el capital y el poder de cada capitalista de disponer de las condiciones sociales de la producción capitalista se desarrolla cada vez más”*. Todos los antagonismos internos de la burguesía deben ser resueltos por su aparato de dominio, el Estado capitalista, que ante el peligro está llamado a salvaguardar los intereses fundamentales de la clase en su conjunto y llevar a cabo la fusión, ya en parte realizada por el capital financiero, de los intereses particulares de las diversas formaciones capitalistas. Cuanta menos plusvalía hay para repartir, más agudos son los conflictos internos y más imperiosa se revela esta concentración. La burguesía italiana fue la primera en recurrir al fascismo porque su frágil estructura económica amenazaba con romperse no sólo bajo la presión de la crisis de 1921, sino también por los choques violentos, fruto de los contrastes sociales.

Alemania, potencia sin colonias, que reposa sobre una débil base imperialista, se ve obligada durante el cuarto año de la crisis mundial a concentrar todos los recursos de su economía en el seno del Estado totalitario, abatiendo a la única fuerza que podía hacer frente a la dictadura capitalista con su propia dictadura: el proletariado. Es más, es en Alemania donde el proceso de transformación del aparato económico en instrumento para la guerra está más avanzado. En cambio, los grupos imperialistas más

poderosos, como Francia e Inglaterra, al disponer aún de considerables reservas de plusvalía, aún no han tomado resueltamente el camino de la centralización estatal.

Acabamos de señalar que la recuperación de los años 1924-1928 evoluciona paralelamente a la restauración y el refuerzo de la estructura de todas las potencias imperialistas, en la órbita de las cuales terminan gravitando los Estados secundarios, según la afinidad de sus intereses. Pero precisamente, el hecho de que esta recuperación suponga movimientos contradictorios estrechamente interdependientes, por un lado la expansión de la producción y circulación de mercancías y por el otro el fraccionamiento del mercado mundial en economías independientes, implica también que su punto de saturación no puede tardar en llegar.

La crisis mundial, que los hermosos sueños del liberalismo económico querrían achacar a una crisis cíclica que se desenvuelve bajo la influencia de factores “espontáneos”, por lo que supuestamente el capitalismo podría salir de ella aplicando un plan de trabajo al estilo De Man o cualquier otro proyecto de salvación del capitalismo salido de los “Estados Generales del Trabajo”; esta crisis, abre un periodo en el que las luchas inter-imperialistas, que ya han pasado por su fase de preparación, revisten ya formas abiertas, primero económicas y políticas, y luego violentas y sangrientas cuando la crisis agota todas las “salidas pacíficas” del capitalismo.

No podemos analizar aquí el proceso de este hundimiento económico sin precedentes. Todos los métodos que hemos descrito, todos los intentos del capitalismo por tratar de suavizar sus contradicciones, se duplican durante la crisis, con el empeño del desesperado: extensión del monopolio del mercado nacional a las colonias y los intentos de formar imperios homogéneos protegidos por una barrera única (Ottawa), dictadura del capital financiero y refuerzo de sus actividades parasitarias; contracción de los monopolios internacionales, que se ven obligados a ceder ante el impulso nacionalista (Krach Kreuger); exacerbación de los antagonismos mediante la lucha arancelaria, a la que se añade una guerra de divisas en la que intervienen las reservas de oro de los bancos de emisión; en los intercambios, el sistema de cuotas, de “clearings” u oficinas de compensación, incluso el trueque, sustituyen a la función reguladora del oro, equivalente general de las mercancías; anulación de las “reparaciones” incobrables, repudio de los créditos norteamericanos por los Estados “vencedores”, suspensión del servicio financiero de empréstitos y deuda privada a los países “vencidos” convertidos en vasallos, todo lo cual lleva al hundimiento del crédito internacional y de los valores “morales” del capitalismo.

Al referirnos a los factores que determinan la crisis general del capitalismo, podemos comprender por qué la crisis mundial no puede reabsorberse mediante el efecto “natural” de las leyes económicas capitalistas; por qué, en cambio, éstas han sido desplazadas por el poder conjugado del capital financiero y el Estado capitalista, que engloban todas las manifestaciones de los intereses capitalistas particulares. Es bajo este ángulo como hay que considerar los múltiples “experimentos” e intentos de reconducir la economía y de “reactivarla” que se manifiestan en el trascurso de la crisis. Todas estas actividades se desarrollan, no a escala internacional y buscando una mejoría de la coyuntura mundial, sino en el terreno nacional de las economías imperialistas bajo unas formas adaptadas a las particularidades de su estructura. No podemos analizar aquí estas manifestaciones, como la deflación, la inflación o la devaluación monetaria. De todas formas, su importancia es secundaria, pues son efímeras y contingentes. Todos estos intentos de reanimar artificialmente la economía en descomposición obtienen los mismos frutos. Los que demagógicamente intentan luchar contra el paro y aumentar el poder adquisitivo de las masas, llegan al mismo resultado, y no precisamente a la reducción del paro que tan ostentosamente anuncian las estadísticas oficiales, sino al reparto del trabajo disponible entre un mayor número de obreros, lo que implica un empeoramiento de sus condiciones de existencia.

El aumento de la producción de las industrias fundamentales (y no de las de consumo), que se verifica dentro de todos los bloques imperialistas, se alimenta únicamente de la política de los trabajos públicos (estratégicos) y el militarismo, cuya importancia ya conocemos.

Haga lo que haga, cualquier medio que utilice para salir de las estrecheces de la crisis, lleva irresistiblemente al capitalismo a su destino, a la guerra. Hoy en día es imposible saber dónde y cómo surgirá. Pero lo importante y lo que sí que podemos afirmar es que estallará por el reparto de Asia, y será mundial.

Todos los imperialismos se dirigen a la guerra, ya se revistan con su viejo ropaje democrático o con su armadura fascista; y el proletariado no puede dejarse arrastrar por ninguna discriminación abstracta entre "democracia" y fascismo sin con ello desviarse de su lucha cotidiana contra su propia burguesía. Ligar sus tareas y su táctica a las ilusorias perspectivas de la recuperación económica o a una supuesta existencia de fuerzas capitalistas opuestas a la guerra, es llevarle directo a ella o quitarle toda posibilidad de encontrar el camino de la revolución.

Mitchell.